



XIV

*La Comunión sacrilega es un crimen que atenta
contra Dios, contra el mismo que lo per-
petra y contra los prójimos.*

*Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium si-
bi manducat et bibit.*

El que come y bebe indignamente (el Cuerpo y la
Sangre del Señor) come y bebe su propio juicio.

I. COR. XI, 29.

1. Nada hay tan libre y tan independiente como la Iglesia Católica. Los que han asegurado que en su fecundo seno se esclaviza con férreas cadenas á la razón y se pone un formidable dique al humano albedrío, tendrán que depone sus erróneos prejuicios ante el hecho reconocido de que nadie mejor que el Catolicismo sabe hacer depender del cielo, viviendo sin trabas en la tierra. Que el hombre esté por necesidad, por su misma naturaleza, atado fuertemente á su Criador, ¿quién puede ponerlo en duda? Mas semejantes ligaduras, dentro de la Iglesia Católica, son tan suaves, y el hombre sujeto con ellas tiene una esfera de acción tan inmensa, que es menester cerrar completamente los ojos para no verla. Para el hombre todo es libre en la Iglesia: es libre su ingreso en ella; son libres sus actos de fe, de esperanza y de amor; es libre en la distribución de limosnas, en la práctica de buenas obras, en la elección de sus votos

monásticos, en el ejercicio de su profesión y en la recepción de Sacramentos. Nada se le manda con imperio; á nada se le obliga con tiranía. Eso bien que, una vez que ha empeñado su formal palabra de ingreso en el Catolicismo, se obliga á poner en práctica los preceptos que le intima su buena madre, su fiel maestra, preceptos que, en manos de la Iglesia, no vienen á ser más que una luminosa antorcha que va señalando al cristiano los senderos que le conviene atravesar por el árido desierto de este mundo, para llegar felizmente al bonancible puerto del último destino.

En este concepto, ¡qué simpática es la amable Religión de Jesucristo cuyas eternas tendencias se dirigen únicamente á atraer, á unir y á fundir al hombre con su primera Causa! Todo es libre en el seno de la Iglesia; si prescribe un acto positivo de religión, no es el precepto despótico del César, es el mandato suavísimo de la madre que ordena lo que sabe ser útil á su hijo.

Ahora se descubrirá, como descorrido por tupido velo, que el católico es tanto más grande cuanto más libre es en el ejercicio de su Religión; como asimismo es tanto más vituperable cuanto de peor gana ó con malas disposiciones practica un sagrado acto religioso. El Salvador ha manifestado que el que no coma su carne ni beba su sangre no poseerá en sí mismo la vida eterna; pero, al añadir que las cosas santas no pueden ser arrojadas á los canes, ni las preciosas margaritas á los cerdos (1), ha consignado elocuentemente que el cristiano, si por culpas de muerte se ha degradado hasta ser conceptuado como estos sucios irracionales, no podrá ni comer de aquella carne ni beber de la referida sangre. El Apóstol, que recibió directamente del cielo esta hermosa doctrina, añade que el que participa indignamente del Sacramento del Señor queda hecho reo del mismo Sacramento (2); en este concepto, el que tal hiciere firma por el mismo hecho el decreto de su condenación. He ahí por qué el discípulo de la Cruz es tanto más vitupera-

(1) Math. VII, 6.

(2) I Cor. XI, 27.

ble cuanto de peor gana ó con malas disposiciones practica el acto religioso más sublime, ó sea, el de la recepción del Cuerpo de Jesucristo. Aquí, en lugar de ennoblecerse y de dignificarse, lo que hace es rebajarse y degradarse por comer de un Pan que sólo deben comer los santos. Su enormidad es detestable á proporción de la injuria irrogada al Señor; y como el Señor es injuriado en su parte más delicada, en lo que más estima y vale, de ahí que pretenda yo poner á vuestra consideración que *la Comunión sacrílega es un crimen horrible, que atenta 1.º contra Dios; 2.º contra el mismo que lo perpetra; y 3.º contra nuestros prójimos.*

§. I.

2. Hay una parábola en el santo evangelio, bellísima como todas las que salieron de la boca del Redentor, en la cual se sintetiza toda la doctrina que voy á exponeros. Es la rica boda que un rey hizo á su hijo. Entre los convidados se presentó un individuo que no había tenido el cuidado de disponerse según exigía la etiqueta de aquellos tiempos. Momentos antes de empezarse á servir los platos, el rey entró en el salón del banquete para pasar revista y saludar á los comensales, y notó con estrañeza que uno de éstos carecía del vestido nupcial.—Amigo, le dijo, ¿cómo has tenido la osadía de entrar aquí sin el vestido de boda?—El aludido no pudo responder más que con el vergonzoso silencio que le imponía su enorme culpa. Entonces el monarca, dirigiéndose á sus ministros:—Atadle de pies y manos, dijo, y arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el crujir de dientes (1). En toda esta expresiva parábola el rey es Dios; su hijo es Jesucristo; el banquete es el de la Eucaristía; los comensales son todos los cristianos; el atrevido que se singularizó entre los demás es el católico que se presenta á comulgar sin el ornamento de la santidad; su castigo no pudo ser más terrible, ya que, abarcando las penas temporales, se extendió hasta la eternidad.

(1) Math. XXII.

Las bodas de la Eucaristía son, por consiguiente, exclusivas de los amigos de Dios. Á ellas convenir deben únicamente, no sólo los llamados sino los escogidos por el Señor, puesto que llamados por Él somos todos los cristianos; mas entre éstos son sus escogidos los que ó no se contaminaron jamás con la culpa grave ó se probaron á sí propios en el Tribunal de la Penitencia. Sus amigos son los que se asemejan á Él, y mejor aún los que con Él se identifican en sus ideas, en sus palabras y en sus costumbres; los que aspiran, no á su propia gloria, sino á la gloria del Hombre-Dios, y los que posponen sus intereses, sus caprichos y sus comodidades, á la voluntad y á los intereses de Jesucristo. ¡Atrás todos los que no sienten como Jesucristo! ¿Para qué aspirar á gozar de los castos placeres de su Mesa, si en verdad no son amigos de Él, si por el contrario no hacen nada por su honor, y lo que peor es, se asocian á los malvados y maquinan contra los planes de Jesucristo y de su Iglesia? Si todos éstos se agregan, osados, al banquete del Hijo de Dios serán arrojados con ignominia por el Rey.

3. ¿Habéis visto un pudridero cerrado en el que hierven por doquier sabandijas asquerosas, hongos fétidos y miasmas pestilenciales? Habéis contemplado á un cadáver humano, difunto de ocho días, cuyos horrores hacen cerrar los ojos al hombre más despreocupado? Os habéis fijado en un gran abismo sin fondo por donde corren aguas cenagosas que arrastran multitud de objetos y seres corrompidos? Habéis leído en fragorosa noche de tormenta en que las tinieblas se palpan, y los relámpagos en las retinas se cruzan, y los truenos golpean nuestros huesos, y la lluvia torrencial lo arrastra todo en su corriente? Pues todo esto viene á ser un cristiano en pecado mortal. Pudridero cerrado, en él hierven los vicios más asquerosos; cadáver en el alma, su aspecto espanta por lo horrible; abismo sin fondo, la gravedad de su culpa arrastra innumerables defectos; noche de tormenta, de él huyó la paz interior, esa paz que causa la felicidad en el hombre.

El alma así dispuesta, ¿cómo se atreverá á imprimir ós-

culo de amor en la pura frente del Hombre-Dios? Fué creada para ser azucena de pureza, cuyo fragante aroma perfumara el trono del Inmenso, y se convirtió en punzante espina que llaga y destruye cuanto toca á su alrededor. Dios no la puede mirar como á su amiga; es su mayor adversaria; y como pretenda acercarse al festín de sus bodas eucarísticas, le ofenderá enormemente, puesto que quien comulga en mortal pecado irroga injuria atrozísima á Jesucristo.

4. En efecto; injuria es que un enemigo, disfrazado con el ropaje del cariño, dé la mano á su adversario; y el sacrílego comulgante, por lo mismo que es hipócrita, simula enganar al que todo lo ve y lo sabe y lo pesa con exactitud la más escrupulosa. Injuria es que el que debe estar limpio de inmundicia y no lo está, intente comunicarse personalmente, íntimamente, con el que está limpio de toda mancha, pues por el mismo hecho pretende contaminarle; y el sacrílego comulgante, manchado con todas las asquerosidades del vicio, osa alargar sus manos y ofrecer su corazón al que es más blanco que la nieve, más encendido que el rosicler, más puro que los arreboles de la aurora matinal. Injuria es que el súbdito que se ha comprometido á preparar hermosa habitación al rey, le presente á la hora convenida sucio establo de animales; y el sacrílego comulgante, que prometió al Rey de reyes disponer la habitación de su alma con todo el posible ornato, no la haya preparado convenientemente. ¡Cómo sublevaba el alma, viendo al Hijo de Dios, al Santo, al Inmenso, al Infinito ante unos malvados hebreos, monstruos horribles, llenos de vicios, abortos del infierno! Pues también los ángeles se sublevan contra el comulgante indigno que, poseído del genio del mal, se atreve á estar frente al Dios de las virtudes.

Sancta, sanctis, decía en la antigüedad cristiana un diácono, á la vista de Jesucristo Sacramentado y de los que pretendían recibirle. Las cosas santas se dan á los santos; y los fieles, por más que estaban confesados y arrepentidos, se echaban á temblar, con ese temblor del alma justa que, aunque sabe que no muerde su conciencia, pero teme ha-

llarse menos purificada ante el Santo de los santos. ¡Ah! los siervos de Dios no se contentaban con la contrición de sus culpas; comprendían de la santidad que se trataba; y un S. Francisco de Asís lloraba amargamente sus leves defectos al acercarse al Sagrario; y un S. Buenaventura retrocedía muchas veces después de llegado á comulgar; y un S. Francisco de Borja confesábase dos veces al día; y un beato Nicolás Factor se daba tres disciplinas de sangre antes de la Comunión; y todos los demás siervos de Dios, que hoy gozan de la felicidad perpetua, se disponían con la oración, el ayuno, el silencio y la fuga de los negocios seculares. ¡Cuán santo es Jesucristo, ante cuya presencia los cristales más limpios quedan empañados! Y, ¿negará el comulgante sacrílego que irroga con su conducta atroz injuria al Salvador?

5. Ha dicho el Apóstol que todo aquél que participa indignamente del Cuerpo y de la Sangre del Señor se hace formidable reo del mismo Jesucristo. Por cierto; de todos los ultrajes, de todos los tormentos, incluso la propia muerte, que los deicidas judíos infirieron al Salvador, se hace copartícipe el comulgante sacrílego. Él es un nuevo Judas que, atrevido, y queriendo paliar su fea codicia, se adelanta á dar un beso traidor á su Maestro. Él es un nuevo Malco que, osado, levanta su indigna mano para abofetear el rostro en que se miran los querubes. Él es un nuevo Caifás, que rasga sus vestiduras en su presencia, como escandalizado del proceder de Cristo. Él es un nuevo Pilato, que se atreve á juzgar al Santo de los santos, y á fulminar contra Él la sentencia de azotes cruelísimos y de muerte ignominiosa. Él es un nuevo Longinos que, aunque ciego, enristra su lanza para clavarla en aquel Corazón que amó tanto á los hombres. Él es como los hebreos deicidas, que cubrieron al Redentor de asquerosa púrpura, después de haberle inhumanamente vapulado, y le pusieron entre sus divinas manos rota caña en lugar de real cetro, y clavaron aquellas puras manos que tantos enfermos curaron y tantos bienes dispensaron, y aquellos pies que por el bien del mundo tantos pa-

7
 sos dieron. Él es como el vil populacho judío que, ebrio de sangre divina, ni la vista compasiva de Jesús Crucificado le conmovía, antes bien, moviendo su cabeza incrédula, desataba su lengua viperina en improperios y blasfemias las más horribles contra aquel Señor, cuya lengua no hizo más que bendecir á los hombres y perdonarles generosamente en su agonía.

§. II.

6. El indigno comulgante es un reo. Con la nueva Comunión ha añadido á la multitud de sus culpas un enorme pecado de sacrilegio. ¡Qué atrocidad, Dios mío! Á la manera que el salteador de caminos, una vez cometido el primer crimen, va señalando una como visible estela donde se destacan los crímenes posteriores, y no cesa en su infame proceder hasta que viene á caer en manos de la justicia, que le hará expiar su crimen, del mismo modo el que se atreve á comulgar en pecado mortal va añadiendo nuevos sacrilegios á las anteriores culpas, y su vida, si no se mejora con la contrición, será un tejido de pecados horribles, que al fin darán con el Juez eterno, quien le sabrá dar su justo merecido.

No comprendo por qué se comulga en pecado mortal, teniendo medios oportunos y fáciles para salir del pecado. ¿Quién obliga al sacrilego á comulgar? Después del desacato que comete contra las cosas santas y la injuria á Dios inferida, ¿pensáis que los que le vean comulgar le aplaudirán? Necios, mil veces, los que así discurren. Malo, pernicioso, atroz es vivir en pecado mortal, pero comulgar en dicho estado... es mucho más atroz, es horrible, horribilísimo. Al menos no se incite la cólera divina con una comunión sacrilega, que esto sería desconocer hasta los rudimentos más esenciales de la Religión, pecar contra la misericordia del Salvador que se nos da en este Sacramento para bien de nuestras almas, y acercarse hacia el fondo del abismo de la muerte.

7. La culpa mortal determina que el hombre esté enor-

memente separado del Criador; pero la culpa sacrilega hace que el Criador huya del hombre. Un sacramento que ha sido instituido para unir á Dios con el hombre, se convierte, recibiéndolo indignamente, en muro de separación enorme entre estos mismos seres. De hermoso lazo de unión temporal ha venido á ser cuchillo de división eterna. *Mors est malis*. El cristiano mal dispuesto ha ido á buscar á su Dios en la fuente eucarística, pero Dios, á medida que aquél le ha buscado se ha distanciado de él; no de otra manera que el cuerpo, cuanto más corre en busca de su propia sombra y ésta tanto más se aleja de aquél, así quien comulga en pecado grave, cuanto más fantasea correr en pos de Jesucristo, que para el caso presente es sombra funesta, tanto más Jesucristo se aleja de dicho cristiano. ¡Qué desgracia! ¡Alejarse del Salvador! ¿Hemos reflexionado bien lo que significa estar lejos de Dios? El hijo que, estando debajo de la patria potestad, y no por servir al Señor, se separa violentamente de su padre, no puede ser feliz: la paz y el gozo huyen de él: así el cristiano, que por sus malas comuniones rompe la amistad con su Criador, no puede estar jamás satisfecho; fantaseará gozar en medio de las distracciones seculares, de los sensuales placeres; pero en su interior, cuando se halle á solas, no quisiera yo experimentar ni por un momento sus inquietudes, sus recelos, sus amarguras. Los cafarnaítas que, no obstante haber oído de boca del Salvador la doctrina eucarística, quisieron separarse de Él, ¿á dónde fueron? ¡Ah! permanecieron en su funesta incredulidad; y cuando otros de los discípulos del Señor, si no titubeaban por irse, al menos no mostraban adhesión íntima al Salvador, cuando Éste les preguntó: ¿Y vosotros también queréis iros (1)? S. Pedro, en nombre de los doce, responde: Señor, ¿á quién iremos? ¿Á dónde, pues, irá el pecador sacrilego que por su propia causa se ha separado de su Redentor? Si lejos de Jesucristo no hay más que horrible caos, ¿á qué lugar del globo pretenderá marcharse

(1) Joan. VI, 68.